

MUESTRA

EL DESAFÍO DEL
GNOSSYNAIKON



PRINCIPIA
NEW ADVENTURE

DOLBY DIGITAL LaserDisc

TRS-80[®]

Volume 4, Issue 10

November, 1982

Price \$1.50

Microcomputer News

Printer Issue

Color LOGO

**Christmas Tree
Letterhead**



¡LA CIENCIA DE PRINCIPIA A UN CLICK!

EL DESAFÍO DEL

GNOSYNAIKON

PRINCIPIA
Temporada 5 / Episodios 1 y 2

Dirección y edición

Enrique Royuela-Casamayor
Madrid, es — sep. 2019

Dirección de arte

Cristina Escandón

Dirección técnica

Javier Díaz-Romeral

Portada

José Moreno

Contraportada

María Zafrilla

Contacto

info@principia.io
<https://shop.principia.io/>

Depósito legal

M-26387-2014

ISSN

2386-5997

Impresión

Exce

BSO El desafío del Gnosynaikon

<http://bit.ly/desafio-principia>
David Herradón Cueto

CARA A**CARA B**

El desafío del Gnosynaikon es una idea original de Enrique Royuela-Casamayor para PRINCIPIA



EMAS
ISO-9001
ISO-14001
ISO-50001
OHSAS-180001

Principia® — Todos los derechos reservados. Principia no se hará responsable de las ideas y opiniones contenidas en los artículos siendo responsabilidad plena de cada autor. © de imágenes y textos de los autores. Esta publicación no podrá ser reproducida por ningún medio sin el permiso expreso de la revista. Para más información: legal@principia.io

PRINCIPIA
Temporada 5 / Episodios 1 y 2

ATENCIÓN · WARNING · AVERTISSEMENT · WARNING

¡LECTOR! LEE ESTO ANTES DE EMPEZAR LA AVENTURA

Este es un número especial, homenaje a la cultura pop de la década de los ochenta, donde tú (sí, tú, lector) deberás tomar las decisiones del Club del Pinzón. Al final de cada capítulo se te ofrecerán varias posibilidades para continuar la aventura, así que tú serás quien elija el destino de los protagonistas. Un gran poder conlleva una gran responsabilidad, así que ayuda a Sam, Alex, Dani, Crys y Sofía a elegir con sabiduría y luchar al lado de Meriptah contra sus archienemigos ancestrales, Vermii. ¿Conseguirás salvar el Gnosynaikon y el futuro de la humanidad?

PRIMERA PARTE.

Martillo de Herejes.

Texto: Julián Royuela · Ilustra: José Moreno

SEGUNDA PARTE.

Capítulo 1. La desaparición de Lena Lee

Texto: Julián Royuela · Ilustra: Andrés Rigo

Capítulo 2. Un verano de mierda

Texto: Enrique Royuela · Ilustra: Drus Jiménez

Capítulo 3. Una clase de ciencia

Texto: Luis Moreno · Ilustra: Raquel Gu

Capítulo 4. El reencuentro

Texto: Jesús David Tavira-Guerrero ·

Ilustra: Cristina Jiménez

Capítulo 5. La gemela

Texto: Estibaliz Urarte · Ilustra: Daniel Crespo

Capítulo 6. Vis a vis

Texto: Pablo Pineño · Ilustra: Yo Doctor

Capítulo 7. Piccadilly

Texto: Ángel Abellán · Ilustra: Luis Armand

Capítulo 8. El trato

Texto: Iván Fernández · Ilustra: Del Hambre

Capítulo 9. El testigo

Texto: Daniel Gómez · Ilustra: Sr. García

Capítulo 10. Nueva esperanza

Texto: Juanjo Sáenz de la Torre ·

Ilustra: María Castelló

Capítulo 11. En la tierra muerta

Texto: Laura M. Parro & F. M. Espinosa ·

Ilustra: Dino Galvagno

Capítulo 12. Protocolo Dante

Texto: Eneko Beraza · Ilustra: Luis Pinto

Capítulo 13. Camino de Black Falls

Texto: Celia Cañadas · Ilustra: Purí Salvi

Capítulo 14. Rafas de cloaca

Texto: Javier Frontiñán · Ilustra: Mikel Murillo

Capítulo 15. ¡Auxilio!

Texto: Andrea García · Ilustra: Sandra Fiz

Capítulo 16. Mensaje cifrado

Texto: Mario González · Ilustra: Itziar Reparaz

Capítulo 17. Meriptah

Texto: Elisa Garrido · Ilustra: Nuria Rodríguez

Capítulo 18. Patrulla vecinal

Texto: Raquel García · Ilustra: Aída Valugo

Capítulo 19. Vaca o pollo

Texto: Marta Isabel Gutiérrez · Ilustra: Elena Gromaz

Capítulo 20. Contra un muro

Texto: Enrique Royuela · Ilustra: José Moreno

Capítulo 21. Arañas y sospechas

Texto: Carlos Romá-Mateo · Ilustra: Gerardo Sanz

Capítulo 22. Un nuevo pinzón

Texto: Patricia Libertad · Paola Vecchi

Capítulo 23. Expediente E. T.

Texto: Carlos Romá-Mateo · Ilustra: Eleri Mateos

Capítulo 24. Salto al vacío

Texto: Manel Souto · Ilustra: Francisco Riobobos

Capítulo 25. Operación Búho

Texto: Fernando Gomollón · Ilustra: Belén Moreno

Capítulo 26. Noche Estrellada

Texto: Nahúm Méndez · Ilustra: Sarah Jones

Capítulo 27. La fábrica de papel

Texto: Patricia Rodríguez · Ilustra: Verónica MG

Capítulo 28. Guiados por las estrellas

Texto: Antonio Pérez-Verde · Ilustra: Elsa Velasco

Capítulo 29. Dentro del maletero

Texto: Sergi Vila · Ilustra: Marina Álvarez-Dardet

Capítulo 30. Crisis futura

Texto: Pablo Barrecheguren · Ilustra: Cristian Pineda

Capítulo 31. El Obispo

Texto: Rosa María Herrera · Ilustra: Francesc Roig

Capítulo 32. La biblioteca. Parte I

Texto: Oxala García · Ilustra: Lidia Jiménez

Capítulo 33. La biblioteca. Parte II

Texto: Enrique Royuela · Ilustra: Angie Suarez

EPÍLOGO.

Academia Bingen para talentos

extraordinarios

Texto: Enrique Royuela · Ilustra: Javi de Castro



Martillo de herejes

Año 1610

Mi nombre es Madeleine y soy la última de mi comunidad.

Todas mis hermanas han sido torturadas y asesinadas salvajemente y me han obligado a presenciarlo todo bajo la promesa de quedar libre y sin cargos si confieso por escrito. No soy tan ingenua, sé que mi destino es el suyo.

He pedido pluma, tintero, papel y una vela para poder redactar un mensaje en esta noche aciaga y desde esta lóbrega y maloliente mazmorra con el que espero poder advertir a mis hermanas de otras comunidades de lo que aquí está ocurriendo. Sin embargo, ellos creen que estoy redactando la confesión que tanto ansían para salvaguardar las apariencias de juicio ecuánime.

Nos han descubierto, conocen nuestros nombres y nuestra organización está siendo diezmada por Vermii, ancestrales enemigos de nuestros objetivos, que se ha servido de la Inquisición como arma con la religión a modo de escudo y martillo de herejes.

Bajo pretexto de brujería nos está masacrando. No necesitan argumentar, la tortura quiebra el alma de cualquiera y se confiesa lo que ellos deseen solo por no seguir soportando el dolor. Además, compran a un precio ridículo falsos testimonios contra nosotras. No les culpa, la gente alivia como puede el hambre de sus familias.

El golpe está siendo definitivo a lo largo y ancho de los continentes. Me llegan noticias fatales de nuestras hermanas en España y varios lugares más de Europa. Si alguna ha sobrevivido a la caza, espero que pueda refugiarse en nuestra comunidad de Salem, que es numerosa y próspera, quizá allí puedan tener esperanza.

Lo más trágico es que han localizado la copia del Gnosynaikon custodiada por Louise Bourgeois en París y ha sido destruida. Por eso he tenido que sobornar al carcelero para que entregue esta carta. Es un pobre hombre que cree en el fuego del infierno, así que he amenazado con invocar a Satán, Luzbel y Lucifer y una cohorte infernal de mil demonios más para que vengan en la noche más oscura a su destartada choza a por él y toda su familia y les devoren las entrañas mientras sus horrorizados ojos lo contemplan todo y jamás reciban sepultura en sagrado. Creo que funcionará, el miedo y la ignorancia por separado son muy fuertes pero juntos son todopoderosos.

Solo me queda la tarea de dirigir la carta a aquella a quien no se debe mencionar para advertir de la desaparición de la cuarta copia. Espero que la certeza de que el Gnosynaikon original se halla a salvo en Sus manos me dé fuerzas para encauzar este último trámite.

Descansad, hermanas, en el sueño eterno. Me uniré a vosotras en breve, en la confianza de que ha de llegar el día, cuando más incierto sea el futuro y la esperanza parezca perdida, en que resurgiremos en la mirada de una inocente niña.



La desaparición de Lena Lee

Horedose Hill. Septiembre, 1989.

El anciano permanecía sumido en sus pensamientos. La llamada de teléfono recibida apenas un par de horas antes fue un mazazo. Lena siempre había sido una niña especial, pero si era verdad solo una mínima parte de lo que decían, el calificativo se quedaba muy pero que muy corto.

La noche era cerrada, como si un ser sobrenatural se hubiera tragado la bóveda celeste y hubiese dejado únicamente la oscuridad penetrante de sus entrañas. La escasa visibilidad solo era aliviada en ciertas zonas por la tenue luz de las insuficientes farolas alrededor del parque Goldman. Mientras, el impresionante aguacero caía como si el cielo hubiera abierto sus compuertas de golpe.

La niña permanecía a su lado, cogida de la mano del anciano, extrañamente tranquila, con la mirada fija en algún punto del espacio, como si pudiera ver alguna cosa ajena a los ojos de cualquier otro mientras el agua resbalaba desde la capucha de su impermeable amarillo hasta las tablas del banco de madera en el que se hallaban sentados.

La voz al otro lado del teléfono le había transmitido tal urgencia que incluso había olvidado coger un paraguas al salir. Al menos, Lena, siempre previsora, llevaba el chubasquero. A cualquier observador que apreciara la escena le daría la impresión de que al anciano no le importaba la lluvia torrencial que había empapado completamente su gastado traje de color gris hasta el punto de transformarlo en un gris vívido e intenso. Y ciertamente era así. Después de haber escuchado atentamente las extrañas órdenes procedentes del otro lado del hilo telefónico, la lluvia no le interesaba lo más mínimo. Pero sí le importaba la sensación de temor que le invadía. No era la primera vez que se encontraba ante una situación en la que la amígdala de su cerebro se activaba, acelerando el pulso y aumentando su concentración, preparándole para luchar o huir. Pero esto era distinto. Este era un terror irracional ante la consciencia de que algo peor que la muerte les acechaba desde la penumbra. La clase de miedo que, cuando eres niño, te produce el armario entreabierto de la habitación a oscuras o el crujir de la madera debajo de la cama. Un terror infantil, simple, primitivo. Demasiado poderoso para una amígdala que nunca se había enfrentado a tal nivel de tensión y tan aterrador como para activar un circuito cerebral único, controlado por la sustancia periacueductal y la pirámida, responsable del control de la médula espinal en tales situaciones. Solo que esta vez, el horror en lugar de aumentar la velocidad del movimiento lo paralizó, petrificándolo. «¡Huye!», gritaba su subconsciente. Pero cualquier señal nerviosa emitida por el cerebro para poner pies en polvorosa era interceptada y anulada por el circuito del terror al llegar a su espalda. El miedo le había robado el cuerpo, dejando solo un maniquí, un títere del temor. Para su cerebro, luchar o huir ya no eran opciones y la única posibilidad de sobrevivir se basaba en la innata e ingenua estrategia de permanecer quieto, invisible, rezando para que la amenaza pasara de largo, como una presa que se hace la muerta en presencia de un depredador. Así se sintió: una presa a punto de ser devorada por el horror.

La lluvia era tan intensa que ninguno de los dos escuchó el leve siseo proveniente de unos arbustos cercanos y tampoco el sonido posterior que semejava un gota de lluvia golpeando contra el suelo. Era una gota en un mar de gotas.

Lo que el anciano sí pudo observar era como su nieta daba un brusco respingo y se llevaba la mano al cuello, como si le hubiera picado un insecto, e inmediatamente después comenzaba a resbalar contra su hombro hasta quedar completamente apoyada en él, cayendo en un ligero sueño. De la oscuridad llegó un sonido repentino. Era una suave melodía silbada que se repetía —fiu fiu fiu-fiu-fiu...— y que a pesar de su bajo volumen se abría paso entre la resonancia de la lluvia que lo golpeaba todo. También pudo ver cómo de entre la oscuridad de los arbustos aparecían dos sombras, una de las cuales se iba agrandando a medida que se acercaba mientras la otra permanecía inmóvil, silbando. Justo antes de pasar bajo la tenue luz de la farola, esta explotó en mil pedazos, sembrando de minúsculos cristales la zona adyacente. Pero si el intruso quería evitar ser visto no tuvo esa suerte, porque en el preciso instante en que se situaba delante del anciano y la niña, un relámpago iluminó la escena durante unos segundos, mostrándose con toda su crudeza. Ese miedo primigenio que erizaba el vello de la nuca había tomado forma y lo que vio el anciano fue tan aterrador que lo dejó paralizado: un ser espectral, cubierto por una túnica con capucha que tan solo dejaba ver el brillo de dos ojos rojos como la sangre sobre un rostro deformado repleto de cicatrices.

Flotaba en el ambiente cierto hedor aliáceo mezclado con el aroma a tierra mojada proporcionado por las geosminas liberadas por las bacterias del suelo al contacto con la lluvia. El espectro, con total tranquilidad y ante la impasibilidad del anciano, cogió a la muchacha en volandas y se marchó en dirección a las sombras de las que procedía, acompañado de la segunda figura, que seguía silbando su melodía bajo el aguacero: fiu fiu fiu-fiu-fiu... Desaparecieron ante la mirada atónita del viejo, que, privado de toda reacción, no pudo más que constatar cómo ninguno de sus músculos se ofrecía para hacer siquiera un mínimo esfuerzo de resistencia. El horror lo había paralizado. Lo que acababa de ver fue demasiado para su ya delicado cerebro y este, simplemente, se desconectó. Un minuto después, el tímido brillo del chubasquero amarillo de la niña se perdía para siempre entre el ramaje. Lena Lee había sido secuestrada.

El anciano estaba petrificado en el banco, soportando el intenso aguacero con la mirada perdida y ríos de lluvia surcando las arrugas de su rostro y sorteando la poblada barba del octogenario antes de iniciar su caída libre hasta el suelo. Las manos descansaban apoyadas en las rodillas y la boca ligeramente abierta en un *riktus* de incompreensión.

Una figura oculta bajo un paraguas llegó al parque Goldman y se detuvo bruscamente. Al observar la escena, masculló una maldición en un idioma ya olvidado y se acercó apresuradamente al banco. Miró alrededor, buscando, pero su cara translucía la derrota. Tomó la mano del viejo con delicadeza y tiró levemente de él para que se levantara. Este le siguió dócilmente, sin oponer resistencia, conservando la mirada ausente, quizá ya incluso de este planeta, de esta vida, y lo acompañó calle abajo hasta ponerlo a resguardo bajo el porche de la vieja casa de los Jones. Continuó calle abajo hasta llegar a la gasolinera y entró en la cabina telefónica. Marcó el número que sabía de memoria y antes de que finalizara el segundo tono su interlocutor estaba al habla. Solo dijo unas breves palabras antes de colgar: «Se nos han adelantado. Pasamos al plan B». Después, desapareció por el mismo lugar que había llegado. El interlocutor, a cientos de kilómetros de distancia, hizo otra llamada, esta vez al servicio de emergencias de Horedose Hill.

Ni el anciano, perdido en un lugar inaccesible de su memoria, ni la oscura figura oculta bajo el paraguas se percataron del sonido de la cremallera de una tienda de campaña que llegaba al final de su recorrido.

Parque Goldman. Horedose Hill. Una hora después de la desaparición.

La lluvia estaba remitiendo.

A los primeros agentes que llegaron les costó encontrar al anciano, silencioso, empapado y absorto. Permanecía sentado en las escaleras de entrada de la casa de Henry y Anne Jones, profesores de literatura medieval, que disfrutaban de sus vacaciones en Bedford, Connecticut. Les acompañó hasta la ambulancia pero fue imposible que dijera nada, estaba conmocionado.

De pronto, un tipo con aspecto de haberse peleado con una jauría de coyotes surgió de las cercanías del parque, corría y gritaba algo a los agentes que, en un gesto inconsciente, respondieron echando mano al arma reglamentaria, aunque sin sacarla de su funda.

—¡Lo he visto todo, agentes! ¡Lo he visto todo! ¡Ha sido un espectro! ¡Él lo hizo!

Cuando los agentes constataron que no se trataba de una amenaza sino de Andy McGee, un sintecho que vivía en una zona alejada al parque, trataron en balde de apaciguar a ese hombrecillo enjuto y demacrado que había aparecido de la nada. Únicamente cuando mencionaron que tendrían que ponerle un sedante para tranquilizarlo pareció calmarse. Los agentes le invitaron a que contara qué había visto.

—A ver, Andy, tranquilízate y cuéntanos lo que has visto —dijo Jack Lamb, jefe de policía de Horedose Hill—. Qué es eso del fantasma...

—Espectro.

—¿Perdona? —inquirió Jack Lamb incrédulo.

—Que no era un fantasma, sino un espectro. Un fantasma es un espíritu y yo en esas tonterías no creo, pero un espectro...

—Andy —interrumpió el jefe de policía—. ¿De verdad crees que me importa la diferencia entre un espectro y un fantasma?

—Perdón, jefe. ¡Ha sido un espectro, él se ha llevado a la niña!

—¿Qué niña?

—La que acompañaba al anciano. Estaban ahí, los dos, en el banco, soportando el aguacero como si nada y entonces, de esos arbustos —dijo señalando con el dedo una zona que el amanecer empezaba a iluminar— salió el espectro. Iba cubierto por una especie de túnica. Vi cómo aparecía algo alargado de la capucha, y en un instante la niña se desmayó. Al minuto siguiente, el espectro se acercó y se la llevó en brazos, sin ninguna dificultad. ¡El anciano ni se movió! Pudo haberles lanzado un sortilegio o algo así con esa varita mágica que emergió de la capucha —dijo como para sí mismo, tratando de buscar una explicación a lo que acababa de ver y se sumió en sus cavilaciones, empezando a desvariar.

—Perdona, Andy, ¿puedes seguir con el relato del fantasma? —le apremió el *sheriff*.

—Espectro... —corrigió—, sí. Ocultaba su rostro con la capucha y era grande y robusto, así como usted, jefe, pero se movía de forma ágil, y entonces, cuando se marchaba, un relámpago... ¡Oh, Dios mío! Se giró y juraría que entre las ramas de los árboles pudo verme. No sé cómo pero sabía que yo estaba allí. Y pude ver sus ojos en la oscuridad y refulgieron como dos ascuas infernales. Antes de marcharse pude ver su mano, pálida, tan blanquecina que parecía brillar en la oscuridad, y tenía un dibujo, algo que formaba un círculo. ¡Puedo dibujarlo si quieren! ¡Dios! ¡Cogió a la niña como si fuera una pluma y... desapareció!

Los policías se miraron incrédulos sin poder dejar escapar una sonrisa socarrona.

—A ver, Andy, ¿cuánto has bebido? —preguntó el *sheriff*.

—Poco, jefe. Casi nada para lo que acostumbro —se sinceró Andy McGee—. De hecho, apenas le faltan unos tragos a la botella de vodka que tenía para esta noche. Yo estaba ahí, en mi tienda de campaña, que había movido de su sitio habitual para resguardarla de la lluvia, y estaba a punto de darme un nuevo homenaje de brebaje comunista cuando ocurrió todo.

El otro agente, el llamado Stern, irrumpió en la conversación.

—Parece que dice la verdad en cuanto a la botella, jefe. Está casi entera y no le huele el aliento a alcohol.

—Se lo juro, señor, que no me lo he inventado. Espectro cogió a la niña y se la llevó. En el bosque le esperaba alguien, no pude verle la cara porque estaba muy oscuro, pero le oí silbar una melodía: *fiu fiu fiu-fiu-fiu...* —repitió.

—Así que, ¿había dos personas? —preguntó el *sheriff* Lamb.

—No, tres, jefe. Dos se llevaron a la niña, pero apenas un minuto después apareció una tercera persona, a la que tampoco pude ver el rostro porque se ocultaba bajo un paraguas. Le escuché soltar todo tipo de improperios antes de tender la mano al viejo y acompañarlo hasta el porche de la casa de los Jones. Después le vi perderse calle abajo, en dirección a la gasolinera de Stan.

—En fin... Stern —dijo el jefe Lamb resignado—, tómale declaración al viejo Andy. Echaremos un vistazo por la zona ahora que está empezando a escampar a ver qué encontramos. Y comprobad la identidad del anciano para que contactemos con su familia a ver si...

—Eso no será necesario —contestaron desde la ambulancia. De ella bajó un joven que se dirigió al agente Stern—. Se llama Martin Brody, es el padre de Matt Brody.

—¿El matasanos? —preguntó el agente Stern.

—En efecto —respondió el joven de la ambulancia—. Ya le hemos avisado al hospital y está en camino. Nos ha dicho que el viejo vive con él desde que su esposa falleció y que tiene alzhéimer. Debería que estar en casa con las gemelas de doce años, Lena y Carol, es su abuelo. Se ha sorprendido cuando le hemos dicho que estaba en el parque Goldman a estas horas y que no hay ninguna niña con él. Así que, aquí, nuestro amigo Smirnoff —dijo señalando a Andy McGee—, parece que no va mal encaminado. Yo que usted acordonaría la zona y...

—Ni se te ocurra decirme cómo hacer mi trabajo, muchacho... —cortó bruscamente Jack Lamb dándole la espalda. Sacó de su funda el *walkie-talkie* y dio una serie de rápidas y sencillas instrucciones.

Parque Goldman. Horedose Hill. Tres horas después de la desaparición.

El parque había sido acordonado, había varias patrullas de policía y una unidad canina con su cuidadora recorría la escena, aunque tras la lluvia, las esperanzas de que el perro pudiera seguir un rastro eran prácticamente nulas. El equipo forense había acotado la zona desde donde Andy McGee aseguró haber visto aparecer al espectro secuestrador y su acompañante. El terreno estaba encharcado y había huellas cubiertas de agua por todas partes.

Los técnicos forenses estaban inspeccionando una zona en particular donde la hierba y las plantas más pequeñas habían sido aplastadas, pisoteadas, una escena compatible con la idea de alguien que estuviera allí escondido, acechando. Habían instalado potentes focos para no perderse ningún detalle en la todavía penumbra y habían dividido la zona a analizar en pequeños cuadrantes de un metro para buscar con mayor facilidad algún indicio. Comenzaron en espiral, desde el cuadro más exterior hasta el más interior, para no alterar la escena.

Tras una hora y media de minuciosa búsqueda y cuando todavía no habían llegado a la mitad del recorrido, algo llamó la atención de uno de los técnicos: «Jess, ven aquí. Creo que he encontrado algo». Era una pequeña pluma, colorida, de apenas dos centímetros de largo y uno de ancho, y junto a ella había barro de color más oscuro que el resto. Justo al lado, protegido de la lluvia por una hoja un poco más grande y sobre un envoltorio vacío, encontraron unos fragmentos minúsculos, también de barro, como trozos de una pequeña tubería de algún tipo de arcilla. También hallaron unos envoltorios vacíos más, un par de botellas de plástico sin tapón, un *cassette* de los Rolling Stones (*Undercover*) al que le faltaba la cinta magnética y un montón de huellas embarradas prácticamente inservibles.

Lo etiquetaron y empaquetaron todo meticulosamente y con rapidez para evitar que la lluvia lo terminara de estropear. Entretanto, el agente Stern había hecho los deberes y había confirmado que el anciano era Martin Brody y que una de sus nietas, Lena Lee, había desaparecido. Por muy fantástica que resultara la historia, Jack Lamb era consciente de que la única pista que tenían era la declaración de Andy McGee, antiguo bibliotecario, un tipo con poca fortuna que decidió agarrarse a la botella demasiado joven, y que debían poner en marcha el protocolo de secuestro, por primera vez en la historia de Horedose Hill.

Mientras la maquinaria policial se ponía en marcha, los técnicos forenses se marcharon al laboratorio a analizar lo encontrado.

Laboratorio forense de Horedose Hill. Dos días después de la desaparición.

La policía local no tenía ni una condenada pista y todos los ojos se habían vuelto hacia ellos, los técnicos forenses, por si algo de lo que recogieron pudiera encauzar la investigación. La niña continuaba desaparecida, la salud del anciano había empeorado y ahora los periodos de lucidez, en los que silbaba una melodía —fuu fiu fiu-fiu-fiu—, eran pequeñas islas en un océano de olvido, breves remansos de paz que precedían a los profundos periodos en los que se sumía de nuevo en su particular universo.

Por extraño que pareciera, toda la investigación se centraba en el fantástico relato de Andy McGee, que aseguró haber visto a un espectro llevándose a la niña y a un misterioso buen samaritano poniendo a cubierto de la lluvia al anciano.

Jimmie o Jim, como le solían llamar, era un técnico atípico. Bermudas casi todo el año, zapatillas deportivas y camisetas de estridentes colores. El cuadro se completaba con la bata blanca de laboratorio con el bolsillo superior con más bolígrafos de los que podía soportar, y sus sempiternos auriculares de almohadillas naranjas conectados a un *walkman* con función *autoreverse*, lo más de lo más en el mercado. *I want it all*, de los recién reagrupados Queen, sonaba a todo trapo en el reproductor portátil, «todavía conservan su magia a pesar del insistente rumor de que Freddie Mercury está gravemente enfermo», pensó Jim. Mientras trabajaba en el laboratorio, la función *autoreverse* hacía de las suyas, volteando una y otra vez el *cassette* de *The Miracle* sin tener que sacarlo de las entrañas del dispositivo, «adónde vamos a llegar con esto de la tecnología», pensó de nuevo Jim mientras sonaban los acordes de *The invisible man*, y se echaba mano al bolsillo de su bata donde descansaba su máspreciado tesoro: la Game Boy, una consola de videojuegos portátil importada de Japón. Apenas había una decena en el país y él tenía la suya, que acariciaba con ternura prometiéndole atención y dedicación al término de la jornada. Volvió de nuevo al trabajo tarareando la canción de Queen. «Curioso título el de la canción. Muy apropiado para un caso como este», soltó Jim en voz alta sin ser consciente de ello mientras recogía los resultados de las muestras analizadas y llamaba directamente al jefe de policía Jack Lamb, tal y como habían acordado.

—Jefe, ya tenemos los resultados. Las botellas y los envoltorios no aportan nada, llevaban allí mucho tiempo. Las huellas más bien poco, casi todas son parciales y todavía estamos intentando sacar un molde decente de alguna de ellas. Sin embargo, los otros dos elementos han demostrado ser de lo más interesante. Empiezo por el primero, la pluma, de color amarillo y verde y dos centímetros de longitud y uno de anchura. Pensamos al principio que podía ser de imitación, de fabricación en serie, de algún tipo de adorno, pero al analizarla hemos comprobado que pertenece a un ave. Hemos consultado a un renombrado ornitólogo especialista en aves exóticas y ha confirmado, «sin género de duda», y cito textualmente, que pertenece a un *Ara Macao* o guacamayo rojo. Lo curioso es que esta especie solo habita en bosques húmedos tropicales cercanos a grandes corrientes de agua y este, en particular, en América Central, en una zona que comprende el sureste de México hasta la zona central de Bolivia. El comercio con esta especie está más que prohibido y el experto me asegura que fuera de sus viajes a Centroamérica solo había visto esas plumas en algunos museos, como parte de algunos dardos atribuidos a ciertas tribus indígenas de civilizaciones mayas o aztecas, que los utilizaban para cazar...

—Jim, puedes ir al grano... —cortó Jack Lamb.

—Espere, jefe, que aquí llega lo interesante —añadió Jim—. Estos dardos también eran utilizados en sus luchas intestinas contra otras tribus. Eran disparados mediante un brusco soplido con unos artefactos que llaman cerbatanas, una especie de cánula alargada, hueca por dentro. Estos dardos punzantes solían estar impregnados con algún tipo de veneno que al clavarse en su víctima le causaba la muerte prácticamente al instante. Las plumas proporcionan estabilidad al dardo y ayudan a que tenga mayor recorrido. Y esto entronca directamente con los descubrimientos dos y tres, el barro de color oscuro del que logramos rescatar unos fragmentos en forma de tubería y que sospecho son, precisamente, restos de una cerbatana de barro cocido que alguien utilizó y después tiró y pisoteó con la esperanza de que con la lluvia y el agua estancada se disolviera. Tuvimos mucha suerte al encontrar unos pedazos intactos bajo una hoja y sobre uno de los envoltorios, donde, precisamente, en uno de ellos, el de mayor superficie, de apenas dos centímetros, hemos encontrado el premio gordo. Raspando la zona interior y analizando las muestras, el resultado ha sido sorprendente —aquí Jim hizo una pausa dramática para captar la atención de Jack Lamb, cuyos ruidos a través del teléfono empezaban a translucir impaciencia, así que, con buen criterio, Jim optó por continuar—. Latrotoxinas, el veneno de la viuda negra.

Se hizo el silencio al otro lado del teléfono.

—Jim... ¿estás tratando de decirme que alguien ha usado un arma de una civilización con al menos trescientos años de antigüedad y dardos con veneno de araña para secuestrar a una niña? ¿Aquí, en Horedose Hill, la ciudad donde nunca pasa nada?

—Me temo que así es, jefe. Las pruebas apuntan en esa dirección.

—Soy demasiado viejo para esta mierda —sentenció Jack Lamb.

• **Ve al Capítulo 2 (página 13).**

Horedose Hill. Septiembre, 1989.

Lena Lee, una niña de doce años, es secuestrada durante una tormenta. Las únicas pistas de la investigación son la declaración de un sintecho alcohólico, que asegura haber visto a un espectro llevarse a la niña, y el borroso recuerdo de un anciano con alzhéimer que solo es capaz de silbar una melodía.

Un grupo de niños, a los que llaman el Club del Pinzón, encuentra una pista accidentalmente que les conducirá a un descubrimiento sin precedentes: el Gnosynaikon, un libro al que se le atribuye la capacidad mágica de otorgar el conocimiento supremo a quien lo posee y cuya aparición reavivará una lucha ancestral entre dos organizaciones rivales: Meriptah y Vermii.

Durante su investigación, los miembros del Club del Pinzón se verán implicados en una trama de experimentos científicos clandestinos, asesinatos, planes para gobernar el mundo y algo que jamás hubiesen imaginado: el desarrollo de poderes extraordinarios que los convertirá en seres excepcionales.

Un número especial, homenaje a la cultura pop de la década de los ochenta, en el que tú serás el protagonista y tendrás que tomar las decisiones que dirigirán el rumbo de las investigaciones del Club del Pinzón.